

el sol, de Oriente á Occidente. Terrible panteísmo materialista envuelve á los pueblos primeros del Asia, que viven á una en las entrañas del Universo. Pobre simiente contenida en estrecha película, mísero feto pegado al vientre de su madre, y por el jugo maternal nutrido, el primer hombre apenas se distingue de la materia, ni se aparta del mundo animal. La Historia no comenzó sino con las sociedades humanas; y las sociedades humanas primitivas, como el hombre mismo, se adhieren mucho, en sus primeros días, á la Naturaleza, y con la Naturaleza tristemente se confunden. Así, antes de las primitivas sociedades, mucho antes, se desarrolla un período llamado prehistórico, en el cual apenas el hombre acierta, por lo incipiente de su vida natural, á mirar la luz, y apenas usa instrumento alguno de industria que lo lleve á dominar sobre la fuerza. Cuando ve uno las habtaciones lacustres y los artefactos prehistóricos asómbrase del tiempo que habrá necesitado con ver tan sometida la materia, para someter á su avasallante soberana, y recabar por las revelaciones interiores de su inteligencia y por los impulsos de su energía la libertad. Las primeras sociedades, envueltas en el seno de la Naturaleza por medio del panteísmo materialista, se organizan en castas. Y cuán mísera la suerte humana, cuán triste y nefasta la estrella que preside á los humanos destinos en el tiempo, si vemos que la sumisión por medio de castas inferiores del vencido al vencedor resulta un progreso, porque antes el vencedor sólo se acordaba del vencido para entregarlo al exterminio. Naturalmente, sociedades así no podrán renovarse, sino renovándose antes su religión, y apareciendo en el escenario, donde representan la gran tragedia de su vida, un verdadero profeta. En la India, como en la China, vemos sobreponerse á sus religiones primitivas otra nueva representada por Buda. Pero en uno y otro pueblo, religioso el indio y positivista el chino, desde tiempo inmemorial, subsisten las castas, mucho más naturales é históricas entre los primeros, artificiosas y burocráticas entre los últimos. Cuando estalla el principio de contradicción en los dogmas y los imperios ó Estados se fundan en las orillas del golfo pérsico, bien puede asegurarse que comienza el hombre á caminar, porque si la guerra es contradicción y es odio, también es movimiento, saludable siempre, pero mucho más cuando el parálítico espíritu necesitaba moverse. La religión sabeísta idolatró á los astros; mas los astros aparecieron como divinas individualidades, y en esta individualización de la divinidad panteísta se oculta-

ban gérmenes rudimentarios de futuros progresos. Las personalidades divinas comunicaron al hombre la idea de una personalidad humana verdaderamente inmortal. Aquella religión de la muerte profesada por los egipcios infundió el calor de la vida en el seno de la humanidad. Correspondiéronse con las individualidades y personas divinas las momias conservadas en los olorosos ataúdes. La esfinge se levantó á las puertas de los templos con su cabeza humana y su cuerpo completamente animal, como si el arte hubiera querido con sus intuiciones sobrehumanas mostrar allí, en aquella obra suya, el estado intelectual y moral á que había llegado la Humanidad. El Egipto estaba, pues, destinado á ser como la escuela de los dos pueblos á quienes debemos las bases graníticas de las sociedades modernas, el heleno y el hebreo. De un lado iniciaba en sus misterios á Moysés, y de otro lado iniciaba en sus misterios á Pitágoras. Y mientras tal escuela se fundaba en las tierras de África, que allende el Mediterráneo, como al mediodía de Grecia se extienden; un mercado se fundaba en la península que baja del Líbano al mar, y que se llama Fenicia. En la escuela misteriosa del Egipto los griegos aprendían aquella idea de la individualidad, que había de producir su politeísmo, sus ciudadanos, sus ciudades, sus repúblicas. Y en el rico mercado aprendieron los griegos, á su vez, el cambio de productos y el método colonizador, que les llevó á dejar con el surco de sus naves civilizadoras estelas de cultura y con sus hermosas colonias aras del nuevo espíritu. Lenta, muy lentamente va surgiendo del seno de la Naturaleza este gran escenario de la libertad, y tallándose así en las esfinges antiguas la nueva personalidad humana. Con razón se ha dicho que comienza en Grecia la Historia.

II

Verdaderamente no podéis iniciar la historia de siglo alguno moderno sin volver los ojos á la madre Grecia. Desde los símbolos y formas del arte hasta las nomenclaturas del saber, todo le pertenece. En el ideal de nuestras instituciones, en el Verbo de nuestra religión, en las armonías de nuestra lengua se contiene algo de la tierra civilizadora por excelencia. Y no podía menos; porque, tomando á la India los dioses, las bases de toda su teogonía; y al Egipto los dogmas, las bases de toda su moral; y á la Fenicia el

alfabeto y el comercio, con los cuales fundaba las colonias y extendía verdaderas estrellas espirituales y cuasi divinas por las costas del Mediterráneo, compendiaba Asia, y apercibía Europa. Su corona de montañas, que la separan del mundo boreal y le impiden los estragos del frío; su territorio, semejante á una hoja de morera caída en las aguas, todo él de mares celestes circuido, los cuales mitigan el extremo calor con sus brisas y sus oleajes; el coro de islas, enclavadas las unas hacia los vestíbulos de Oriente, y las otras hacia Italia, le dan, hasta en su geografía, carácter sintético, y la hacen como el resumen y compendio material de nuestra Europa. Su influencia permanece por tan maravilloso modo en el mundo y perdurará en el tiempo, que, no solamente ha dado á la Edad media su teología, y á la Edad moderna su Renacimiento, sino que á la Edad novísima, objeto preferente de este libro, le ha dado también con el filo-helenismo uno de sus más bellos y más pronunciados caracteres. Con largueza tal nos ha transmitido la ciencia y el arte que no podrá entrarse de ningún modo dentro de la historia científica y artística del tiempo corriente sin reconocerle su sacra maternidad. Pues, ya lo hemos dicho, el derecho nuestro, y en parte, la política provienen de Roma. Con menos islas, con mayor solidez continental que Grecia, su obra, la obra de Italia, no tendrá el brillo etéreo y espiritual de la obra helénica; pero penetrará más en los senos de nuestro organismo y en la levadura de nuestra vida. Cada día vemos con mayor claridad que han brotado naciones de sus provincias; que la legislación civil ha debido calcarse necesariamente sobre sus leyes; que los conceptos suyos de propiedad y aún de familia, son nuestros mismos conceptos, uno y otra definidos y organizados por un tan grandioso testamento como el derecho romano; que, desde los prefectos religiosos llamados Obispos, hasta el Emperador espiritual llamado Papa, resultan copias de su imperio; que la forma municipal, á cuyo soberano poder volveremos, si deseamos precavernos de la demasiada centralización moderna, tomó de Roma sus tipos y ejemplares; que allá, en los espacios mismos del Nuevo Mundo, hay gente afanada con llamarse latina y deber desde su religión hasta su lenguaje á la Ciudad Eterna. Imposible penetrar en la historia del siglo sin previa mención especial de las dos penínsulas que han compuesto como los dos factores de la civilización clásica. Sobre si habían sus leyes de guardar más ó menos poder en nuestras letras giró la gran competencia literaria del siglo, la competencia entre clá-

sicos y románticos presidida por un titán, en cuya frente ciclópea resplandeció celeste relampagueo de luminosísimos ideales. El primer poeta de Alemania parece, por su alma, un sacerdote de Olympia, y por su estilo, un discípulo de Fidias. Y no basta, para volver los ojos á todos estos apartados orígenes del río de nuestro tiempo, la necesidad imprescindible de conocer á fondo el arte contemporáneo, sucede que aún están de pié, promoviendo tempestades próximas á estallar sobre nuestras cabezas, los dos imperios dejados al mundo moderno por el antiguo, los dos imperios de Oriente y de Occidente, ó sean, de Roma y de Constantinopla. Verdad que ha pasado el imperio de Oriente á manos de un mongol conocido con el nombre de sultán y califa; como ha pasado el imperio de Occidente á un hereje conocido por comandar la raza enemiga de Roma y del catolicismo: lo ha querido el hado. Pero esta degeneración ó alteración de ambas instituciones antiguas no empece ni á su origen ayer, ni á su influencia hoy. Lo cierto es que todavía la disputa de los pueblos por Constantinopla ensangrentará, quizás antes de que termine nuestro siglo, la Europa contemporánea; y el sucesor protestante germánico de lo que ha quedado aún del imperio de Augusto y de Carlo-Magno, pretenderá sobre todo el continente una hegemonía muy parecida de suyo al viejo poder imperial.

Para comprender una parte considerable de los problemas territoriales contemporáneos, hay que subir á su planteamiento y origen. Muchas guerras del siglo décimo-nono provienen de trascendentales luchas sucedidas bien lejos, allá, en el siglo quinto. Si el imperio de Oriente no ha dejado jamás de ser griego, aunque lo fundara un emperador romano; si al establecer los dos hijos del español Teodosio, Arcadio y Honorio, sus sendas sedes imperiales en Ravéna y en Bizancio, restablecieron la incontrastable antítesis entre Oriente y Occidente, que no pudo resolver en una síntesis superior ni el genio de Alejandro ni el genio de Roma; sí, hoy mismo, desde las costas del mar Adriático á las costas del Asia menor la cultura toda parece griega, como desde las costas del Adriático al estrecho de Gibraltar parece latina; cuánto más no resaltara esta consecuencia de los hechos históricos en la distribución de los pueblos bárbaros, así germánicos cual mongoles y eslavos por todo nuestro continente fragmentado en pueblos latinos, griegos, celtas, tártaros, musulmicos, sajones, escandinavos, eslavos. El martirio de Polonia resulta para una gran parte de las razas como necesario desquite á la cruel

dominación polonesa sobre Rusia, con especialidad, sobre aquel territorio conocido con el nombre de pequeña Rusia. Si Alejandro III está empeñado en rusificar las provincias alemanas del Báltico, da por excusa que los germanos quedaran en costas pertenecientes á la inundación eslava; y si Bismarck está empeñado en germanizar las provincias eslavas del ducado de Posen, da por excusa que los eslavos descendieron aquende la corriente del río Elba, país esencialmente germánico. Las grandes cuestiones cheques, recrudescidas hoy mismo en las Dietas austriacas, en las calles y en las universidades de Praga, suceden por haber los esclavones penetrado en el cuadrilátero de Bohemia, que los alemanes creen indispensable á su completa seguridad, y no fiarán jamás, sino después de una guerra gigantesca y de una derrota irreparable, á pueblos consanguíneos de Rusia. El rumano de Transylvania, soberbio al noble sentimiento de su origen hispano-latino, como el eslavo de Croacias, no menos soberbio al sentimiento de su parentesco estrechísimo con las razas primeras de nuestro continente, por sentir sangre indoeuropea en sus venas, aborrecen al magyar, heredero del feroz Atila y emparentado con el gran turco, á causa de su sangre mongólica. Y sin embargo, por el magyar, por su espoleo á las razas germánicas, explícate la presencia de los eslavos así en la península de los Balkanes como en el cuadrilátero de Bohemia, y su rebosamiento de los antiguos límites naturales rusos y poloneses sobre las tierras germánicas. Tal inmanencia de los tipos antiguos y de los viejos hechos queda en toda Europa. Las tribus normandas, entrevistas por Carlo-Magno en su agonía como un azote al frágil imperio romano restablecido por su genio político y guerrero, y generadoras del feudalismo, constituyen hoy los pueblos escandinavos del Norte y la grande aristocracia feudal de Inglaterra. El celta de Irlanda guarda hoy su odio secular al normando y al sajón, los dos factores componentes de la familia británica. El sajón puro y el germano puro, se apartarán de Roma en el mundo antiguo y en el mundo moderno, mientras el franco, de origen germánico también, como alemanes y sajones, respetará mucho la vieja Roma, sostendrá el catolicismo con su Clodoveo, lo propagará en España con sus princesas, donará su patrimonio al sucesor de San Pedro por mano de Pipino, y por Carlo-Magno restablecerá el imperio romano que debe dividirse con el Pontífice católico nuestra Europa. Y mientras tanto vendrán á España los bárbaros más imbuídos del espíritu y del carácter oriental, es decir, los

godos, aquellos más civilizados, quienes podrán escribir el Fuero Juzgo y comprender la Enciclopedia de San Isidoro, por hablarse de antemano en contacto, entre todos los irruptores, con nuestro genio propio y con el ministerio que debemos desempeñar y el fin que debemos cumplir en la civilización europea. Y por estas concausas, así en las tierras del Norte como en las del Mediodía, y así al Oriente como al Occidente de nuestra Europa, llevan los problemas europeos datos contenidos en ellos desde los días del siglo quinto.

Si los normandos concluyeron á una con el imperio occidental, trocándolo de jefatura efectiva, como la desempeñada por Carlo-Magno, en jefatura nominal, como la desempeñada por sus célebres sucesores, los sacros césares de Alemania; y los búlgaros y los servios, en general, los eslavos, concluyeron con el imperio de Oriente, reduciéndolo á Constantinopla y sus anejos, debilitándolo mucho en Servia, en Bulgaria, en Macedonia, en Dalmacia, en todos los pueblos greco-eslavos á cambio de todo esto, creció la Iglesia cristiana por medio del Pontificado católico. Allí donde terminaran las conquistas de César en Bretaña y en Germania, comenzaron las conquistas del Papa. Las magníficas islas, domadas por los sajones y esclarecidas por los evangelizantes, engendraron aquellos misioneros encargados de penetrar por las selvas boreales del Continente y traer á la Iglesia romana pueblos jamás sometidos por el romano imperio. No importó el Cisma de Oriente, la iglesia Católica pudo concentrarse así en el Occidente y en el Norte, dando mayor unidad al espíritu moderno en la Edad media, y mayor disciplina saludable á tantas tribus como necesitaban en su barbarie primitiva de tan ilustre dirección. Mas, casi al tiempo mismo que se caía el imperio cristiano de Occidente, y que se dilataba el imperio cristiano de Oriente, surgían dos imperios musulmanes mantenidos por la privilegiada gente árabe, surgía el imperio de los Omniadas en Córdoba y el imperio de los Abasidas en Bagdad, ambos á dos con aires de grandes y religiosos califatos. Estos dos imperios pretendieron, el uno por Oriente y el otro por Occidente, disputar al genio cristiano y occidental el dominio de nuestra Europa. En Occidente inundaran toda nuestra península; y se necesitara tanto de Carlos Martel como de climas poco apropiados á la complexión árabe para detener aquella ola en los campos de Poitiers. Por Oriente no podían llegar, ni uno ni otro imperio, á las puertas de Constantinopla y de Atenas; pero se po-